

## CAPÍTULO IX.

### *Quincuagésimo Aniversario de la Declaracion de la Independencia.—Muerte de Adams y Jefferson.*

Mientras se han preparado las páginas anteriores, tuvo lugar el quincuagésimo aniversario de la declaracion de la independencía. Las reflexiones generales que naturalmente sugiere esta interesante ocurrencia pertenecen á la jurisdiccion de la presente obra. El considerar con gratitud los bienes que hemos heredado, la eminente situacion en qué estos nos colocaron entre las naciones, y el glorioso destino que nos aguarda; el acordarnos con afecto reverente y filial de los antepasados, á cuya sabiduria y virtud debemos estos favores; y el cumplimiento de las solemnes obligaciones que su posesion nos impone, son los sentimientos y ocupacion que nos sugiere este dia. Ya he considerado estos puntos sucesivamente y con alguna proligidad; y no hubiera creído necesario el destinar esclusivamente un capítulo á la conmemoracion de este aniversario, si, ademas de su interes intrínseco, no lo hubieran hecho uno de los períodos mas notables de la historia del género humano los sucesos que en el han ocurrido. Si cualquiera de los patriotas veteranos, que firmaron la declaracion de la independencía, hubiera fallecido en uno de sus aniversarios, se tendria con razon

por una coincidencia singular y estraña. Si este aniversario hubiera sido uno de aquellos que el comun consentimiento de las gentes ha distinguido y consagrado con el nombre de *jubileo*, á fin de conmemorar una série de sucesos públicos importantísimos, nos pareceria un acaecimiento aun mas digno de atencion. Si, lo que es aun mas estraño, los dos padres civiles de la patria mas distinguidos, hubiesen terminado su servicio y honrosa carrera en un mismo dia, cualquiera que fuese su fecha, el interes melancólico de esta circunstancia no impediria el que sintiesemos una sorpresa agradable. Mas el que el dia que señaló esta coincidencia haya sido el aniversario y jubileo de nuestro cumpleaños nacional, tiene algo de milagroso, y lo creeríamos imposible á no hacérnoslo evidente nuestros mismos ojos. Sus vidas merecian sin duda un fin semejante. Quizá la Providencia habia prolongado mas de lo ordinario la existencia de aquellos dos patriarcas, y decretado el que terminase de un modo tan estraño é imprevisto, para dar nuevo realce á esta época y sus autores. Casi seria una burla el entristecerse. Sus muertes han sido el colmo de la gloria mortal.

Por grande que haya sido el mérito de otros, sabido es generalmente que Adams y Jefferson fueron los padres civiles de nuestra independencía. Hancock y Henry, Samuel Adams, Dickinson y sus asociados, prepararon los materiales que han abierto paso á esta resolucíon; Washington y sus coadjutores militares la sostuvieron con las armas en la mano. Hamilton, Madison y sus colegas completaron la obra, con procurar se adoptase la constitucion federativa. En este y demas lances de nuestro certámen revolucionario, y de nuestra carrera política subsecuente, Juan Adams y Jefferson han representado uno de los principales papeles; pero el honor de haber sido los principales autores y promotores de la declara-

cion de la independencia les pertenece á ellos exclusivamente. No hay duda que era necesario sostener debidamente este acto decisivo, mas sin él hubieran sido infructuosos todos los trabajos y hazañas de nuestros antepasados. Fué por consiguiente el epítome de toda la revolucion, y los patriotas que mas ejercieron su influencia en el momento crítico en qué dicha medida se ha tomado, pueden llamarse con mas propiedad que ninguno de los demas, los padres políticos de nuestra nacion. No hay la menor duda de que estos han sido John Adams y Jefferson. Ambos han recomendado la medida, y ambos pertenecian á la junta de comisionados que preparó la declaracion. Jefferson la delineó, como presidente; mas la escritura de un documento en semejantes casos, es materia de poca importancia, y su agencia en esta ocasion no ha sido mayor que la de su coadjutor. El mismo afirmó posteriormente, que John Adams habia sido *la columna de la independencia* en el congreso de aquel dia. Cuando he intentado esponer brevemente el mérito y servicios de los partidarios beneméritos de la revolucion, en uno de los capítulos anteriores, me contuvo á pesar mio el respeto debido á las personas existentes, y no he podido aludir mas que de un modo rápido y general á los dos hombres mas distinguidos en la vida civil. Este ostáculo no existe ya, y espero que una esposicion mas circunstanciada de su carácter no parecerá agena de este ensayo.\*

\*La entera supresion de este capítulo seria indisculpable; mas hay sin embargo en él algunos puntos, cuyo verdadero interes quizá no podrá sentirse fuera de los Estados Unidos, y bajo esta suposicion se omiten. El justo tributo que paga el autor á sus dos compatriotas, y la conmemoracion de un hecho sin igual en los anales del mundo, y con qué la Providencia ha querido ennoblecer aun mas los de este pueblo incomparable, merecen la atencion de los países á qué se destina esta

Adams era el político mas sabio y penetrante de nuestros estados orientales. Sus ensayos periódicos, y su tratado sobre el derecho canónico y feudad, prueban la vasta estension de sus conocimientos y la profundidad de sus reflexiones, y han contribuido mucho á fijar y asegurar la base del derecho positivo, sobre qué fundaron sus pretensiones los amigos de la libertad. Tales han sido los estudios y trabajos preliminares con qué se ha abierto paso para entrar en el congreso, donde debia ejecutar la accion mas memorable de su vida, como principal instrumento de la declaracion que ha dado existencia nacional á nuestra patria. La independencia no era en él un pensamiento nuevo y repentino. Sus cartas, que no hace mucho se han publicado, escritas poco despues de haber dejado el colegio, y á sazón en qué no habia el menor síntoma de nuestra disension con Inglaterra, prueban el que habia previsto nuestra futura separacion. Todos sus esfuerzos se dirigieron á este grande objeto, desde el momento que entró en el congreso, y como llevo dicho, él fué quien ha contribuido mas que ningun otro á la importante resolucion del 4 de Julio de 1776. El partido que tomó en aquella ocasion ha sido muy propio de la intrepidez y vigor natural de su carácter, mas sin embargo no se ha determinado á adoptarlo sin previa deliberacion y entero conocimiento de la medida, y de los peligros que la acompañaban. En una carta, frecuentemente publicada, que escribió la misma noche en qué se ha tomado la resolucion, predice con sagacidad profética, los grandes resultados de aquel memorable dia, que con tanta rapidez

traduccion. Los nombres de estos dos grandes fundadores de la independencia Americana son y deben ser familiares á todo el que lee Espanol.

CAPITULO ALFONSIANA

se realizan, mas que deberian parecer infundados á otro que esperase con menos imperturbabilidad en la verdad de sus principios y en la justicia de su causa. Dijo que aquel dia era grande y glorioso, lleno de los gérmenes de la prosperidad de su patria y de todo el género humano, y pronosticó que sus futuros aniversarios se celebrarían con regocijo universal. Este venerable patriota despertó de su ultimo letargo cincuenta años despues, al ruido del mismo aniversario que habia pronosticado, y recobró aliento para volver á decir que era un dia grande y glorioso. Sus moribundos labios pronunciaron con estos últimos acentos la verificacion de las profecias, que su confianza en el Ser Supremo y el amor de su patria le habian inspirado medio siglo antes. Ni en la ficcion poética, ni en la magestuosa verdad de la historia antigua y moderna, se halla un paso tan sublime y hermoso.

He dicho ya que lo que ha contribuido el Presidente Adams á la declaracion de la independencia, se debe considerar como el hecho mas importante de su vida; y el dar dos veces existencia á una grande nacion es lo que nunca sucede á un mismo individuo. Pero en aquella época ninguno descansaba sobre sus laureles; y la ejecucion de un hecho importante, era tan solo el preludio de otra empresa mayor todavia. Poco despues de la declaracion del 4 de Julio se confió al Presidente Adams, y al Dr. Franklin, Mr. Jefferson, Mr. Jay, y otros, la direccion de las negociaciones con el extranjero, y desde entonces hasta el fin de la guerra, se mantuvo á la cabeza del importante ramo de los asuntos públicos. El buen resultado de dichas negociaciones en todos los puntos de Europa, visto en conexion con su estremada delicadeza, es el mejor comentario de la capacidad de sus agentes. Se ha persuadido á los circunspectos y cautelosos Holandeses á que nos prestasen dinero, y se espusiesen á una guerra con la Gran Bretaña. Se in-

dujo al gobierno arbitrario de Francia á que contrajese una alianza íntima con unas cuantas democracias acabadas de fundar. Se hizo finalmente la paz con la madre patria, despues de una corta guerra de siete años, bajo un pié de igualdad é independencia recíproca, y sin el menor sacrificio de orgullo ni principios. Se dice que en algunas de las últimas negociaciones ha sido diferente la opinion del Presidente Adams, y la del Dr. Franklin, su ilustre colega, y que la adhesion de Mr. Jay al partido del primero ha decidido la cuestion á su favor. No hay duda que ambos tenian razones en qué fundarse; esto es, que ambos han procedido con la intencion mas pura, obedeciendo lo que les dictaba su creencia y su capacidad. En las miras de Adams se ha traslucido siempre aquel espíritu y decision que distinguián su carácter. Se sometia á su deber mas bien que á sus rezelos. Franklin era un octogenario rezeloso y precavido; mas al fin ha hecho ver que su intrepidez no era menor que la de su colega. Uno de los principales resultados de estas negociaciones ha sido el memorable tratado con Prusia, á qué ya he aludido en un capítulo precedente, el cual se tendrá en lo sucesivo por el principio de una nueva época en la historia del derecho comun. En la paz y quietud de nuestros dias apenas podriamos formar una justa idea de los incesantes trabajos de nuestros patriotas revolucionarios. No ha sido mas que un episodio de las continuas ocupaciones del Presidente Adams el cruzar el Atlántico, y fundar, en compañía de su pariente Samuel Adams, durante una corta residencia en el estado en que habia nacido, la constitucion de Massachusetts, que ha servido de modelo á casi todas las demas constituciones de la union. Desde la conclusion de la guerra residió en Ynglaterra, como ministro plénipotenciario, hásta que fué elegido vicepresidente del nuevo gobierno.

Acostumbrado al constante ejercicio de las facultades intelectuales mas elevadas, el Presidente Adams se valió de este intervalo menos ocupado, para emprender un curso de trabajos literarios, qué con los estudios preparatorios que necesitaban, se hubieran creído suficientes para ocupar la vida entera de un hombre industrioso. Durante su residencia en Inglaterra escribió la defensa de las constituciones, y mientras ha sido vicepresidente, sus discursos sobre Dávila; en ambas obras se descubre una vastísima erudicion, un modo independiente de pensar, y los principios y sentimientos de moral mas rectos y elevados. La teoria del gobierno que espone en la primera, segun la cual la única seguridad de los derechos personales, depende del equilibrio de dos ó tres representaciones distintas de la comunidad, aunque ingeniosa y eruditamente defendida, puede sin embargo considerarse como algo dudosa. Hay que hacerle la objecion de que da demasiada importancia á las meras fórmulas de la legislacion y de la administracion, y que tiene en muy poco la condicion del pueblo. En la doctrina moderna y mas generalmente admitida, del gobierno representativo, la condicion del pueblo se considera como el molde de las fórmulas de la legislacion y la importancia de estas es por consiguiente muy inferior. Algunas autoridades de gran nota mantienen sin embargo los ideas del Presidente Adams, particularmente la de Montesquieu, maestro de la ciencia política. Habia contribuido en parte á hacérselas adoptar, el disgusto natural que le habian causado las exageraciones estavagantes de algunos de los escritores políticos modernos del continente de Europa, y el objeto principal de la defensa ha sido el responder á un tratado del Abbé Mably, en que algunas nociones indiscretas corrientes á la sazón, se aplicaban indiscretamente á nuestras instituciones. Los discursos sobre Dávila estan escritos en el

estilo de los célebres discursos de Machiavelo, sobre la primera decada de Livio; y la materia no es de menor importancia é interes. Dávila ha sido el historiador de las guerras civiles y religiosas de Francia, en los siglos XVI y XVII; y no hay quizá en la historia moderna una série de sucesos que presente un campo igualmente fértil para observaciones filosóficas, sobre los principios generales de la ciencia política. Las obras del Presidente Adams no pertenecen al número de aquellas, que por la naturaleza de su contenido, adquieren inmediatamente una grande circulacion; mas todo hombre capaz de juzgar rectamente, las ha dado el aprecio que merecen. La mayor ó menor exactitud de sus teorías en nada defrauda su mérito y verdadero valor. En los puntos de la mayor importancia se consultaran siempre como especulaciones rectas de un ingenio enérgico, experimentado y fértil, y se haran gradualmente clásicas. Su estilo es muy conforme á las materias de qué trata, siendo perfectamente claro y moderado, y al mismo tiempo puro, perspicaz, y casi siempre correcto. La composicion podria tal vez admitir mas tersura. El estilo del Presidente Adams adquirió posteriormente estas calidades, y el lenguaje de sus cartas es fluido y natural, y tiene á veces un adorno poético, de qué carecen sus anteriores producciones. Es de desear el que salga en lo sucesivo á luz una parte escogida de su voluminosa correspondencia. A estas honrosas recreaciones literarias, que hubieran absorbido enteramente un ingenio menos activo, puso fin la declaracion del afecto y confianza de sus compatriotas, quienes lo colocaron á la cabeza del gobierno, como sucesor de Washington.

Su administracion es el período de su larga y trabajosa carrera, en qué menos motivos se hallan para contemplaciones agradables; no porqué sus medidas hayan sido indignas de su carácter, sinó porqué diversos partidos agi-

taban entonces la nacion, y no se hizo siempre justicia á la pureza de sus intenciones y á la firmeza y rectitud de su política. Le tocó la suerte de ser presidente de los Estados Unidos, á tiempo en qué los hombres mas sabios y de mayor mérito de la nacion, que mutuamente se habian asistido durante la revolucion, se habian convertido en enemigos personales y gefes de diferentes partidos, aunque sin mucha culpa ni error de ninguno de ellos. Digo que todos eran poco culpables, porqué la disputa casi se reducía á intereses y asuntos estrangeros, y era un resultado indirecto de la crisis que á la sazón agitaba á todo el mundo civilizado. El error de las personas que en los Estados Unidos defendieron los primeros movimientos de la revolucion Francesa, era natural y disculpable. La opinion de los que la contemplaban con disgusto, y á cuya clase pertenecía el Presidente Adams, no necesita de defensa, pues la justificó el resultado, y se ha hecho ya universal; sin embargo, esta diferencia de opiniones sinceras, naturales y laudables, ha sido la causa de la irritacion de los partidos, que ha reinado durante la administracion de Mr. Adams. El era una de las personas que menos implicadas se hallaban individualmente en las controversias que dicha diversidad de sentimientos habia escitado. La insensatez de las autoridades Francesas habia hecho indispensable el proteger nuestro comercio por medio de la fuerza armada; mas la política del presidente estaba lejos de hacerle desear esta *semi* guerra, y la prontitud con qué se valió de un cambio en el gobierno Frances para obviar amistosamente estas dificultades, ha dado motivo de ofensa á algunos de sus consejeros mas zelosos. No fué reeligido presidente á causa de las disensiones de partido y de las preocupaciones predominantes á la sazón; pero dejó el empleo sin haber manchado su reputacion. Ya se desvaneció el vano rumor circulado contra una ó

dos de sus medidas, y todos convienen en que jamas dejó de obrar con el vigor é intrepidez inseparables de su carácter; y que ha entendido la verdadera política de la nacion. A él le debemos la creacion de la fuerza naval, perjudicial en otro tiempo á una parte del público, pero ya universal y justamente favorecida de todos. Esta medida por sí sola, y sin ninguno de los demas servicios, bastaria para hacerlo acreedor á la inmortal gratitud de su patria. La indiscrecion de algunos que fueron ó debieron haber sido sus amigos políticos y defensores, contribuyó probablemente mas que ninguno de sus mismos yerros, á desacreditar por algun tiempo su administracion. No será la menos digna de la memoria de nuestros sucesores. El hábil biógrafo de Washington ha contribuido mucho á rectificar los antiguos errores. El tiempo y los sucesos han hecho todavia mas; y el futuro historiador completará la obra. Los amigos del Presidente Adams pueden con plena confianza dejar este punto á su cargo.

El Presidente Adams empleó el largo intervalo de veinte y cinco años, contando desde el fin de su administracion hasta su muerte, en un retiro decoroso y en ejercicios literarios. Habia llegado á la edad en qué los espíritus mas activos desean descansar de sus trabajos; su gusto literario le proporcionaba ocupaciones del mayor interes; y una gran parte del dia la empleaba en la lectura y en la correspondencia epistolar. Vió desvanecerse las preocupaciones que por algun tiempo se habian circulado contra él, y se vió rodeado de una nueva generacion, que con reverente cariño lo miraba como á su padre político. Tuvo la grande satisfaccion de ver su familia al frente de esta misma generacion, y su hijo ascender á la presidencia, despues de una larga série de servicios públicos. Estos interesantes sucesos le hicieron sentir en sus pos-

treros años las emociones mas agradables, y han contribuido sin duda á conservar inalterable su sensibilidad intelectual y moral. Hasta la edad de noventa y un años conservó sin alteracion su salud, y la serenidad y frescura de su semblante juvenil. Sus modales eran, como siempre, nobles y llenos de dignidad, pero al mismo tiempo sumamente desembarazados y afables. Su conversacion era amena y variada, y aunque preferia el tratar materias serias y elevadas, lo hacia sin embargo de un modo alegre y animado. Conocia bien la literatura antigua y moderna, habia estudiado á fondo los grandes puntos de la religion y gobierno, y sabia distribuir los abundantes frutos de su esperiencia y erudicion de un modo natural y sin la menor presuncion dogmática. Jamas he visto una sola persona cuya conversacion fuese mas intelectual que la suya; ni he oido conversacion de esta clase adornada con tanta urbanidad y con menos afectacion. Era tan venerable é interesante la persona del Presidente Adams en aquella época, que á veces con la sola idea de hallarme en su presencia se me arrasaron los ojos de lágrimas. Su familia tenia tantas prendas en los sucesos políticos de los últimos años, que todos los pormenores de estos no podian dejar de serle tan familiares como los de cualquier otro período de su vida. Mas estas interesantes ocurrencias no absorbian toda su atencion. He tenido con él una larga conversacion, poco tiempo despues de la eleccion presidencial, sobre un punto de religion, y he visto que á una edad en qué los entendimientos mas fuertes no siempre estan exentos de supersticion, reunia toda la piedad de un creyente y la placentera firmeza de un verdadero filósofo. Lo ocupaba todavia mucho la teoria del gobierno, y se divertia francamente á espensas del Mayor Cartwright, Yngles radical, quien acababa el publicar una obra pesadísima sobre la constitucion Ynglesa.

cuyo objeto es mucho mas apreciable que su ejecucion; y como chanceandose me desafió á sostener un argumento sobre el mérito de su sistema de restricciones y equilibrios, á qué anteriormente me habia tomado la libertad de hacer algunas objeciones. Aunque habia perdido parte de su vista y oido, le dejé con la firme persuasion de que poseia plenamente todas las facultades mentales. Inútil seria el citar mas pruebas de esta clase, puesto que las cartas públicas que continuó escribiendo hasta pocas semanas antes de su muerte, y aun las últimas palabras que pronunciaron sus moribundos labios, demuestran la entera posesion de su fuerza intelectual y moral. Tal fué la vejez plácida y feliz de aquel hombre grande y bueno. Justa recompensa ha sido de una vida consagrada á mil trabajos útiles, á la templanza y á todas las virtudes públicas y privadas. El colmo de su felicidad fué el haber podido concluir sus trabajos del modo que lo ha hecho. Podemos aplicarle todas las observaciones de un famoso historiador latino, sobre uno de los patriotas de la antigua Roma. Seria difícil el hallar en ninguna nacion ni edad un individuo con tan buena estrella; porqué ademas del éxito felicísimo y de los altos honores que han distinguido su vida pública, ademas de haber ascendido á los primeros empleos del gobierno, y distinguiéndose en ellos por su oposicion activa y patriótica á los enemigos de su patria, dejó tras de sí, al fin de una existencia extraordinariamente avanzada, una familia floreciente en la cumbre del mérito y reputacion. Un fin semejante no debaria llamarse muerte, sinó un tránsito feliz de esta vida. *Hoc est nimirum magis feliciter de vita migrare quam mori.*

De Mr. Jefferson, á quien no tuve el honor de conocer en persona, hablaré menos circunstanciadamente. La naturaleza lo habia dotado tambien de todas las mejores calidades mentales, y su temprana distincion prueba la